

bre su regia prerogativa un pedazo de su corona.

En vano la defendió Carlos I con energía durante algun tiempo, ya con un ministerio, ya con otro, pues era tan universal el espíritu de oposicion, que cuantos entraban en el consejo del rey eran al punto blanco de sospechas para el espíritu público, y venian á caer al cabo bajo el peso de la impopularidad y del descrédito.

XIII.

Apareció al fin en la escena un ministro mas hábil y atrevido que sus predecesores; Tomás Wenwort, conde de Strafford, hombre que habia conquistado alta nombradía en la oposicion por su elocuencia, y que á causa de esta misma nombradía fué elegido por el rey, á quien dedicó al fin su popularidad y sus talentos.

Por un momento logró Strafford levantar el trono vacilante á fuerza de elocuencia, de sabiduría y de intrépida firmeza; pero no tardó en ser acusado por el parlamento en tales términos, que el rey, que le amaba mucho, no pudo defenderle. Amenazado Strafford con la pena capital por sus servicios, mas bien que por sus crímenes imaginarios, comparó despues de una prision larguísima delante de una comision de jueces, compuesta de sus propios enemigos. El rey no pudo alcanzar otro favor que el de asistir al proceso de su ministro, oculto en una tribuna cubierta de celosias. Desde allí recibió en el corazon todos los golpes asestados por el odio del parlamento á su consejero. Jamás la palabra de un acusado respondió mejor á la magestad de la inocencia como el último discurso pronunciado por Strafford delante de sus enemigos y de su rey. Atenas y Roma, no presentaron nada mas trágico y patético en sus anales.

XIV.

«No pudiendo hallar en mi conducta, dice Strafford á sus jueces, ningun acto al cual pueda aplicarse la palabra y la pena de la traicion, se inventa, á falta de ley, no sé qué evidencia constructiva y acumulatoria, por medio de la cual cada uno de mis actos, inocente ó laudable en sí, produciria una traicion colectiva... ¿Dónde, pues, se ha mantenido tanto tiempo sepultada en nuestras leyes antiguas esa naturaleza invisible é impalpable del crimen? Valdría mas no tener ley que figurarnos que hay leyes á las cuales debemos arreglar...

...tros actos, y hallarnos al fin con que no hay otra ley que la enemistad y la arbitrariedad de nuestros acusadores. Si navegando por el Támesis rompo mi nave sobre un ancla y no hay sobre el agua boya que me indique el ancla que ha causado mis destrozos, la patria me indemnizará este daño; pero si el escollo está bien indicado y manifiesto, mi pérdida no será imputada á nadie mas que á mí... ¿Dónde está la marca del crimen? ¿En qué señal he podido reconocer que era culpado? Ha permanecido oculta debajo del agua; toda la prudencia, toda la inocencia humana no podian preservarme de la ruina en que me veo amenazado.

»Lo menos hace 240 años que han sido definidas todas las clases de traicion, y durante tan largo espacio de tiempo soy el primero, soy el único para quien se ha dado tal latitud á la definicion de ese crimen á fin de envolverme en sus redes. Milores, hemos vivido felizmente para nosotros mismos en lo interior de nuestra patria, hemos vivido gloriosamente fuera para el mundo: contentémonos con lo que nos han dejado nuestros padres, no nos haga desear la ambicion ser mas consumados que aquellos en esas artes ruinosas y pérdidas de acriminar la inocencia. Milores, obrad con prudencia y con cordura, y de este modo habreis provisto á vuestra propia seguridad, á la de vuestros descendientes, á la del reino entero. Arrojad al fuego esos sangrientos y misteriosos repertorios de las traiciones constructivas, como los primeros cristianos arrojaron á él sus libros de arte peligroso, para adheriros á la simple letra de la ley en vigor, que os dice lo que es crimen, dónde está el crimen, y como absteniéndoos del crimen podreis evitar la pena del crimen...

»Guardaos de despertar á esos leones dormidos para nuestra propia destruccion... A todas mis aficciones, milores, no agregéis nada que miraria como la mas funesta: por mis pecados como hombre, y no por mi traicion como ministro, tendria yo la desgracia de introducir semejante precedente, semejante ejemplo de procedimiento tan atentatorio á las leyes y á las libertades de mi pais...

»Milores, he cansado vuestra atencion mas de lo que hubiera debido y querido hacerlo; pero ¡ah! continuó fijando sus miradas en sus tiernos hijos que asistian vestidos de luto como suplicantes al proceso de su padre. ¡ah! si no fuera por estas prendas queridas, que una santa hoy bienaventurada en el cielo, me ha dejado, no seria capaz... (aqui sus lágrimas le cortaron la voz; se calmó y continuó diciendo:) Lo que yo tengo que perder por mi mismo no es nada; pero confieso que si mi silencio ó mi indiscrecion llegaran á ser funestos á estos huérfanos, seria profunda la herida de mi corazon. Vuestra bondad perdonará mi flaqueza... algo tenia que añadir; pero no me siento capaz de continuar...

«Ahora, milores, merced á la bondad del cielo, me encuentro bastante instruido de la vanidad de las grandezas de este mundo comparadas con la importancia de nuestra eterna duracion en el otro, y en este estado, milores, me someto libremente, con tanta tranquilidad, de espíritu, como humildad á vuestra sentencia. Que vuestro equitativo fallo, sea de vida ó de muerte, descansaré igualmente, lleno de gratitud y de confianza, en el seno del soberano autor de mi existencia... ¡Te Deum laudamus!»

XV.

«A tanta elocuencia y á tan extraordinaria virtud, se contestó con una sentencia de muerte? Esta sentencia no podia ser legal sin que fuera revestida de la sancion del rey. Concederla, era para Carlos faltar á la conviccion, á la gratitud, á la amistad y á la dignidad; negarla era desafiar al parlamento y al pueblo, y traer sobre la misma corona los rayos populares que la muerte del ministro desviaba. Carlos probó todos los medios dilatorios para libertarse de esta vergüenza ó de este peligro, y se presentó mas bien como quien suplica que como rey delante de su parlamento, y rogó á los jueces que le ahorrasen este suplicio. Hostigado por la reina, que no amaba á Strafford y que no pesaba en su corazon la muerte de su marido y la de un ministro, Carlos confesó al parlamento que no consideraba á Strafford inocente de algunas irregularidades y dilapidaciones del tesoro público, añadiendo, que si el parlamento limitaba la sentencia al crimen de dilapidacion, daria su sancion en conciencia á la pena; pero que en cuanto al crimen de alta traicion, su convencimiento y su honra le prohibian sancionar con la muerte una calumnia y una iniquidad.

XVI.

Mantúvose inflexible el parlamento; lloró la reina, y la Inglaterra se puso en combustion; Carlos, dispuesto á ceder, vacilaba todavía; pero la reina Enriqueta de Francia, hija de Enrique IV, princesa de extraordinaria hermosura á quien conservó el rey hasta la muerte la fidelidad de un marido y la pasion de un amante, se presentó á él vestida de negro, acompañada de sus hijos, é hincándose de rodillas le suplicó que cediera al pueblo la venganza que ya no podia arrancarle sin hacer recaer sobre aquellas queridas prendas de su mora, esa muerte que en vano queria separar

de una cabeza condenada. «Escoged, le dijo entre vuestra vida, la mia, la de vuestros hijos, y la vida de ese ministro odioso á la nacion.»

Carlos, lleno de horror á la idea de sacrificar una esposa adorada y unos hijos todavía en la infancia, y que eran la única esperanza de la monarquía, respondió que si no se trataba mas que de su propia cabeza, la daria en cambio de la de su ministro inocente; pero que el sacrificio de Enriqueta y de sus hijos, sobrepujaba su deber y sus fuerzas. A pesar de esto todavía quiso aplazar el firmar la fatal sentencia.

XVII.

Strafford, cediendo probablemente á las instancias secretas de la reina, escribió él mismo á su desgraciado soberano para descargar la conciencia y el afecto del rey de su propia muerte. «Señor, le decia en aquella carta, sublime esfuerzo de una virtud que triunfa del interés de la vida para quitar el remordimiento á sus mismos asesinos; señor, no vacileis en sacrificarme á la malignidad de los tiempos y á la pasion pública, sedienta de mi muerte. Mi consentimiento, voluntario en la sancion de mi suplicio que se os exige, os descargará mas delante de Dios que todo el mundo reunido. No se hace injusticia al desgraciado consintiendo en lo que desea y en lo que él mismo pide. Puesto que la gracia del cielo me hace capaz de perdonar á todo el mundo con una tranquilidad y una resignacion que derraman un gozo infinito sobre mi alma, puedo resignaros, señor, esta vida terrestre con toda la libertad y toda la alegría posibles, por un justo sentimiento de gratitud á todos los favores de que habeis colmado mi existencia.»

XVIII.

Esta carta venció los últimos escrúpulos del rey; creyó que el consentimiento de la victima tenia el derecho de hacer inocente el asesino, y que Dios le perdonaria lo que el moribundo le perdonaba. Aceptó el sacrificio de aquella vida que se le ofrecia en cambio de la de sus hijos, de su muger, de la suya tal vez y de la salvacion de la monarquía. El amor que profesaba á su muger y á sus hijos, la esperanza de evitar la guerra civil y de atraer al parlamento á la razon, á la justicia y al agradecimiento por medio de aquel sacrificio, acabaron de vendar sus ojos. Creyó que despojaba aquella infamia de lo que tenia de horroroso

sa, y de la parte de ingratitud que envolvía, no cometiéndola directamente por su propia mano y colocando otras personas entre él y el crimen, y al efecto nombró una comisión de tres individuos de su consejo, y les delegó el poder de sancionar en su nombre la sentencia del parlamento contra Strafford. Los comisionados ratificaron la sentencia. El rey se encerró para llorar y no ver la luz del día que iba á alumbrar el suplicio de su servidor inocente. Freyó que olvidándose él mismo de contar aquel día en su vida, no le sería contado tampoco en el cielo y en la tierra, y lo pasó todo en las tinieblas pidiendo por el moribundo y llorando. Empero aquel día se levantó para alumbrar la iniquidad del rey, la traición del amigo y la grandeza de alma de la víctima.

XIX.

«He pecado contra mi conciencia, escribió algunos años despues el rey á la reina, reconociéndose á sí mismo por aquella firma arrancada á su ternura de padre y de esposo: mi conciencia me lo advirtió en el mismo momento en que firmaba aquella baja y criminal concesion.» — «Dios quiera, exclamó el arzobispo su consejero eclesiástico viéndole arrojar la pluma despues de haber firmado el nombramiento de los comisionados, Dios quiera que V. M. no tenga que arrepentirse, ni sienta atormentada su conciencia por este acto.» — «¡Ahl Strafford es mas feliz que yo, respondió el principe tapándose los ojos con las manos; decidle que si no se tratase del reino, hubiera yo ofrecido mi vida por la suya.»

El enemigo personal y encarnizado de Strafford, el feroz Pym, aquel demagogo inglés, que afectaba cólera en el parlamento y arrojaba inocentes al pueblo para alimentar su ambiciosa popularidad de victimas, se felicitó descaradamente como de un triunfo de aquella bajeza del rey, de quien no se atrevia á esperar tanta debilidad. «¡Ahl dijo, ¿nos da la cabeza de Strafford? pues no nos negará ya nada, ni aun la suya.»

XX.

Sin embargo, el rey esperaba todavía que la cámara de los comunes, satisfecha de su humillacion y de su deferencia, no exigiria la sangre de su amigo, y concederia una conmutacion de suplicio. ¡Ahl no conocia á los partidos; ignoraba que son mas implacables que los tiranos, porque los partidos no tienen mas que pasiones de espíritu y no corazon. Los hom-

bres de partido votan por unanimidad y por temerse unos á otros, lo que cada uno de ellos separadamente no se atreveria siquiera á pensar. Los hombres en masa dejan de ser hombres, y se convierten en un elemento. Para conmover á este elemento serio y cruel de la cámara de los comunes, empleó Carlos lo que mas podia halagar el orgullo y tocar la sensibilidad de aquellos tribunos del pueblo. Escribió á los comunes una carta patética, regada con sus lágrimas, y para hacerla mas irresistible la dirigió al parlamento por conducto de un niño, por el de su propio hijo, el principe de Gales, cuya edad, hermosa é inocencia, infundian la esperanza de que no seria denegada súplica que por semejante intercesion se hacia.

El rey abria enteramente su alma á los comunes en aquella carta, descubria las llagas de su corazon, confesaba las angustias que habia tenido que sufrir inmolando su honor de rey y sus sentimientos de amigo á la voluntad de sus súbditos; ponderaba la importancia del sacrificio y de la satisfaccion que al fin habia dado á los comunes, y en recompensa de tanta abnegacion solo pedia una prision perpétua en lugar de la muerte para su antiguo ministro. En fin, como si él mismo hubiese dudado del éxito de su súplica, rogaba en una *postdata* á los comunes que concedieran por lo menos hasta el sábado siguiente un respiro al condenado para prepararse á la muerte.

XXI.

Todos se mostraron sordos á la voz del padre y á la intercesion del hijo: los tribunos del parlamento no concedieron ni un alivio al suplicio, ni una hora á la vida del condenado. Su popularidad imponia á su ambicion la inexorabilidad y la prontitud delante del pueblo, cualidades que ellos mismos imponian al rey. La hermosa condesa de *Carlisle*, especie de *Cleopatra* inglesa, de quien Strafford habia sido amante preferido durante su grandeza, hizo generosos esfuerzos de seduccion en el parlamento para alcanzar la vida de aquel cuyo amor habia formado su orgullo; empero nada pudo contra aquellos corazones endurecidos, y como si fuera el destino de Strafford verse abandonado á la vez por la amistad y por el amor, aquella voluble belleza, mas enamorada del poder que de la persona de sus adoradores, pasó en seguida como un despojo de *Strafford* á Pym, y llegó á ser la querida del asesino como lo habia sido de la víctima. Pym, dice la historia inglesa, tan profundamente compulsada por Mr. Charles, era un ambicioso que representaba el fanatismo sin sentirlo: *Homo ex luto et argilla epicurea factus*, segun la

enérgica espresion de *Haket*: *Hombre hecho de lodo y arcilla sensual*, tales como se encuentran en los partidos populares y en los partidos monárquicos, sirviendo y adulando á los partidos, los cuales á su vez adulan á sus servidores saciándolos de sangre.

XXII.

A todo estaba preparado Strafford despues de aquellas dos defecciones de las personas á quienes mejor habia servido y amado sobre la tierra. Sin embargo, cuando vinieron á anunciarle que el rey habia firmado el bill de su condenacion, se sublevó la naturaleza, y rompiendo la resignacion, exclamó dando un gemido y levantando las manos hácia la bóveda de su calabozo: «*Nolite fidere principibus et filii hominum, quia non est salus in illis!*» «Guardaos de poner vuestra confianza en los príncipes y en los hijos de los hombres, porque no hay esperanza de salvacion en ellos!»

Pidió en seguida que le dejaran hablar un momento con el arzobispo de Londres, *Laud*, preso en la torre por la misma causa que él. *Laud* era un prelado de gran piedad y de un alma superior á su siglo; mas esta entrevista, en la que los dos realistas esperaban fortificarse uno á otro para la vida ó para la muerte, les fué negada, y Strafford entonces rogó al gobernador de la torre que á lo menos tuviese la bondad de decir al arzobispo que á la mañana siguiente se asomara á la ventana á la hora de marchar al suplicio para darle su último adiós.

XXIII.

Al día siguiente obligaron á Strafford á pedir un coche para ir al cadalso, porque temían que el furor del pueblo se anticipara al verdugo, destrozando con sus propias manos al que *Pym* y los oradores de los comunes le habian presentado como enemigo público. «No, respondió Strafford, yo sé mirar á la muerte y al pueblo frente á frente; poco me importa morir á manos del verdugo ó sucumbir á la furia del populacho si esto puede agradales.»

Al pasar Strafford por debajo de la ventana en el patio de la prision, se acordó de la cita que habia dado la vispera, miró hácia las rejas de hierro que le disputaban la vista de *Laud*, y vió solamente las dos manos trémulas y descarnadas del anciano tendidas hácia él y como si á tientas quisieran bendecirle.

Arrodillóse Strafford sobre el polvo, é in-

clinó la cabeza. «Monseñor, dijo al arzobispo, vuestra bendicion y vuestras oraciones...»

El corazon del anciano no pudo soportar el sonido de aquella voz, y al dar su bendicion cayó desmayado en los brazos de sus carceleros. «¡Adios, monseñor, le gritó Strafford: Dios proteja vuestra inocencia!» Y marchó con paso firme, á pesar de los dolores de la enfermedad y la postracion de sus fuerzas, á la cabeza de los soldados, que mas bien parecían seguirle que escoltarle.

XXIV.

Segun la costumbre tan humana de Inglaterra y Roma, que permite al reo, cualquiera que sea, marchar á su suplicio, acompañado de sus parientes y amigos para que le animen y consuelen en el último trance, Strafford llevaba á su lado á su hermano, y como le viese llorar le dijo: «¿Por qué lloras? ¿Yes en mi vida ó en mi muerte algo que pueda hacerte avergonzar de mí? ¿Por ventura tiemblo como un criminal, ó tengo el aire fanfarron de un ateo? ¿Para tranquilizar tu alma, figúrate que este es mi tercer matrimonio y que tú eres mi page de bodas; aquel tajo, añadió mostrándole el pedazo de madera donde iba á colocar su cabeza, será mi almohada, y en ella descansaré sin pena, sin dolor y sin temores!»

XXV.

Inego que subió al cadalso acompañado de su hermano y de sus amigos, se arrodilló un momento como para saludar al altar de su sacrificio; levantóse al punto, y mirando al gentío numeroso y mudo que cubria la colina y la torre de Londres, llamada del Cadalso, alzó la voz con tanta vibracion y gravedad como en la cámara de los comunes, teatro de su magestuosa elocuencia.

«Puesto que te has reunido aqui, oh pueblo! dijo, para ver mi muerte, sé testigo de mis palabras; deseo, al morir, á este reino, todas las prosperidades que puede conceder Dios á los que viven sobre la tierra. Durante mi vida he hecho siempre cuanto he podido para asegurar la felicidad del pueblo inglés, y este es tambien mi único voto al morir; pero ruego á cada uno de los que me escuchan, que examinen seriamente, y puesta la mano sobre su corazon, si el principio de una reforma saludable debe escribirse con caracteres de sangre... No permita Dios que la gota menor de mi sangre, caiga en la cabeza de ninguno de vosotros;

pero temo que os precipiteis por un camino funesto.»

XXVI.

Después de estas primeras palabras, lanzadas desde lo alto de su cadalso á manera de advertencia dirigida á su patria, se arrojó de nuevo Strafford, y durante mas de un cuarto de hora estuvo rezando con todas las muestras de un fervor humildísimo y ardiente. Por fortuna el fanatismo revolucionario de los ingleses no regateaba los últimos minutos á los moribundos; mas como Strafford oyese sordo murmullo de compasión ó de impaciencia en la muchedumbre, se levantó, y dirigiéndose á los que le rodeaban, exclamó: «Pronto concluyo. ¡Un solo golpe va á dejar á mi esposa viuda, huérfanos á mis queridos hijos, y sin amo á mis pobres criados! ¡Dios sea con ellos y con vosotros!»

«¡Gracias al valor interior que ese Dios me presta, añadió despojándose él mismo de su casaca y levantando sus cabellos para que nada amortiguase el filo del hacha sobre su cuello; me quito la ropa con la misma tranquilidad con que me la he quitado todas las noches de mi vida para dormirme!»

Entonces hizo seña al verdugo que se acercase, le perdonó caritativamente la sangre que iba á derramar, y puso él mismo su cabeza sobre el tajo, dirigiendo otra mirada y otra oración al cielo. Su cabeza cayó rodando á los pies de sus amigos. «¡Dios salve al rey!» exclamó el ejecutor recogiendo la cabeza y levantándola en alto para enseñarla al pueblo.

Este, que hasta entonces habia permanecido mudo y compasivo, lanzó un grito de alegría y de venganza, que atestiguaba el frenesí de la época. Aquel pueblo se regocijó como un insensato de haber arrancado de su seno al mejor ciudadano, y se diseminó por las calles de Londres para disponer las iluminaciones públicas.

XXVII.

El rey, durante este sacrificio, se mantuvo encerrado en su palacio, pidiendo perdon á Dios por la sangre que arrancaban á su debilidad. Solo el eclesiástico que acompañó á Strafford al cadalso, fué admitido en la habitación de Carlos para darle cuenta de los últimos momentos de su ministro. «Nada hay que pueda compararse, dijo al rey el eclesiástico, con la calma y la magestad de esta muerte: he visto morir á muchos, pero jamás ha volado al seno de su Criador un alma tan blanca y purificada.»

Al oír el rey estas palabras volvió la cabeza para llorar.

El arrepentimiento de su concesion y el presentimiento tristísimo de la nulidad de esta concesion para rescatar su propia salvacion y la paz del reino, se confundieron en un dolor inmenso y sombrío en su alma. Vió claramente que se habia herido á sí mismo con el golpe que habia dejado descargar sobre su servidor y su amigo, y que el suplicio de Strafford no era mas que la repetición de su propio suplicio. Por mas que Carlos pudiera recurrir al sofisma para defenderse contra los remordimientos, diciendo que su corazon habia sido vencido, pero que tenia limpia la conciencia, no quiso disculparse, ni delante de sí mismo, ni delante de la politica, ni de Dios; antes bien, se acusó con tanta severidad como debia acusarle un dia la historia; humillóse en su falta y en su dolor; juró que aquella seria su primera y última transaccion con la iniquidad de sus enemigos, y sacó de la amargura de sus pesares la fuerza de vivir, luchar y morir por su derecho, por el derecho de su corona y por el del último de sus súbditos.

XXVIII.

En efecto, el parlamento no vió en la muerte de Strafford sino una victoria sobre el poder real y sobre el corazon de Carlos. Los conflictos entre la corona y los comunes se reprodujeron al instante bajo otros pretestos y otras exigencias. En vano sacó el rey sus ministros del seno del parlamento; no halló otro Strafford, porque la naturaleza no habia hecho mas que uno; Carlos no podia escoger sino entre fidelidades medianas ó enemigos implacables, y aun estos enemigos, llamados por el rey á su consejo para entregarles el gobierno, se negaban á hacerse cargo de él. El espíritu de faccion era tan universal y tan irreconciliable en Inglaterra contra la corona, que los individuos populares del parlamento se sentian mas fuertes continuando siendo gefes de facciones en los comunes, que ocupando el puesto de ministros de un principe sospechoso y condenado. El partido puritano de los comunes tenia entonces á Carlos I en Inglaterra en el mismo aislamiento en que el partido de los Girondinos tuvo á Luis XVI el año de 1791 en Francia, asediando al ministerio y rehusando ser ministros, á fin de tener el derecho de atacar siempre al poder real que en vano les cedian, ó no queriendo tomarlo sino para venderlo, entregándolo por adulacion al pueblo, y por complacencia á los republicanos.

Tal era la situacion recíproca del rey y del parlamento durante los primeros años en que

Cromwell era individuo de la cámara de los comunes.

SEGUNDA PARTE.

I.

En la mansion que hemos descrito en nuestra primera parte, fué donde Cromwell y su joven esposa, á su imagen hecha, educaban pobremente y en el retiro los siete hijos que el amor y la fidelidad conyugal les habian dado. No buscaban el mundo; el mundo fué quien á buscarlos vino.

Se ve por los vestigios de la vida de Cromwell, durante esta época, cuanto le preocupaban el ruido de las controversias religiosas en Inglaterra, en Irlanda y en Escocia, y con avidez eran leídos por él los folletos religiosos que empezaban á multiplicarse; pero él solo se fijaba en los argumentos religiosos de estos escritos.

El nombre inmortal del gran poeta inglés, Milton, este Dante británico, aparece por vez primera en uno de estos folletos republicanos. Milton volvia de Italia, donde habia respirado ante las ruinas de la antigua Roma el olor de la libertad, y donde el espectáculo corruptor de la Roma moderna lo habia hecho independiente en materia de culto. Milton daba, como Chateaubriand y madama Stael en 1844, el acento inmortal á las pasiones pasajeras de su época.

II.

Los independientes en materia de gobierno, comenzaban por una lógica forzosa á surgir de aquella necesidad de independencia en materias de fé. Las dos libertades se entlazan. ¿Cómo creer libremente en la servidumbre que impide decir lo que se quiere y practicar lo que se cree? Esta necesidad absoluta de profesar y difundir libremente su creencia, inclinaban á Cromwell hácia la república. Hampden, su pariente, popular hasta el delirio por su resistencia á la autoridad real, quiso fortificar el partido republicano con la adhesion de un hombre tan severo y tan irreprochable en sus costumbres como Cromwell: lo hizo nombrar diputado por la ciudad de Cambridge, donde Hampden ejercia soberana influencia.

Este nuevo nombramiento de Cromwell por un condado mas ilustre, y en un instante mas político, no distraia su pensamiento del único

objeto de su vida. «Enviadme, escribe á su amigo Wilingham de Londres, los argumentos de los escoceses para sostener la uniformidad en la religion espresada en sus proclamas. Debo leerla antes de que entablemos en la cámara este debate, que se abrirá bien pronto.»

Un interés popular vino á mezclarse por algun tiempo á este interés religioso. Abrazó este interés por creer sin duda justa la causa; pero ciertamente tambien por poner al pueblo del lado de los independientes y de los republicanos, merced al apoyo que el buen derecho popular encontraba en los hombres de este partido contra la corona.

Se trataba del derecho de cercar los terrenos de propios enclavándolos en sus estados, que reyes de Inglaterra habian concedido en otro tiempo indistintamente á favoritos, y que el pueblo con razon les disputaba. «Cromwell, dice el ministro del rey en sus memorias, á quien yo no habia oído hablar nunca en la cámara, fué elegido miembro del comité del parlamento, encargado de entenderse con los ministros sobre este asunto. Cromwell se irritó conmigo durante el debate, y me acusó de intimidar á los testigos. Habló con tanta indecencia y groseria, sus maneras fueron tan ásperas y su actitud tan insolente, que me vi obligado á aplazar la comision. ¡Cromwell no me lo perdonó nunca!»

La popularidad que la defensa de esta causa valió á Cromwell y á su partido, le animó á acrecentarla con la defensa de los autores de encarnizados folletos contra la corona y la iglesia, libelos que de vez en cuando el rey y los obispos entregaban al verdugo de Londres para ser quemados. Presentó al parlamento la petición de uno de sus perseguidos autores. La indignacion de su conciencia lastimada le abrió los labios por la vez primera. «Era en noviembre de 1640, dice un espectador realista en sus memorias; yo, que era miembro tambien del parlamento, tenia la vanidad de creerme un modelo de elegancia y de nobleza, porque los cortesanos nos vanagloriábamos de nuestro traje. Vi al entrar en la sala un orador que hablaba y que vestia de un modo muy comun, un traje de paño sin bordados, que parecia hecho por algun sastre de aldea. Su camisa era basta y sucia. Recuerdo que tenia una ó dos manchas de sangre en el cuello vuelto de la camisa. Su sombrero no llevaba pluma. Era de buena estatura. Su espada pendia del costado: su fisonomia era redonda y abultada, su voz estridente, poco armoniosa y flexible, pero se espresaba con una elocuencia penetrada de fervor. Su causa carecia de buen sentido: hablaba en favor de un libelista sentenciado á muerte. Declaro que la atencion prestada por la asamblea á aquel hombre, disminuyó mucho mi consideracion hácia los comunes.»